



# Lecturas

Quinto grado

# Ser lectores

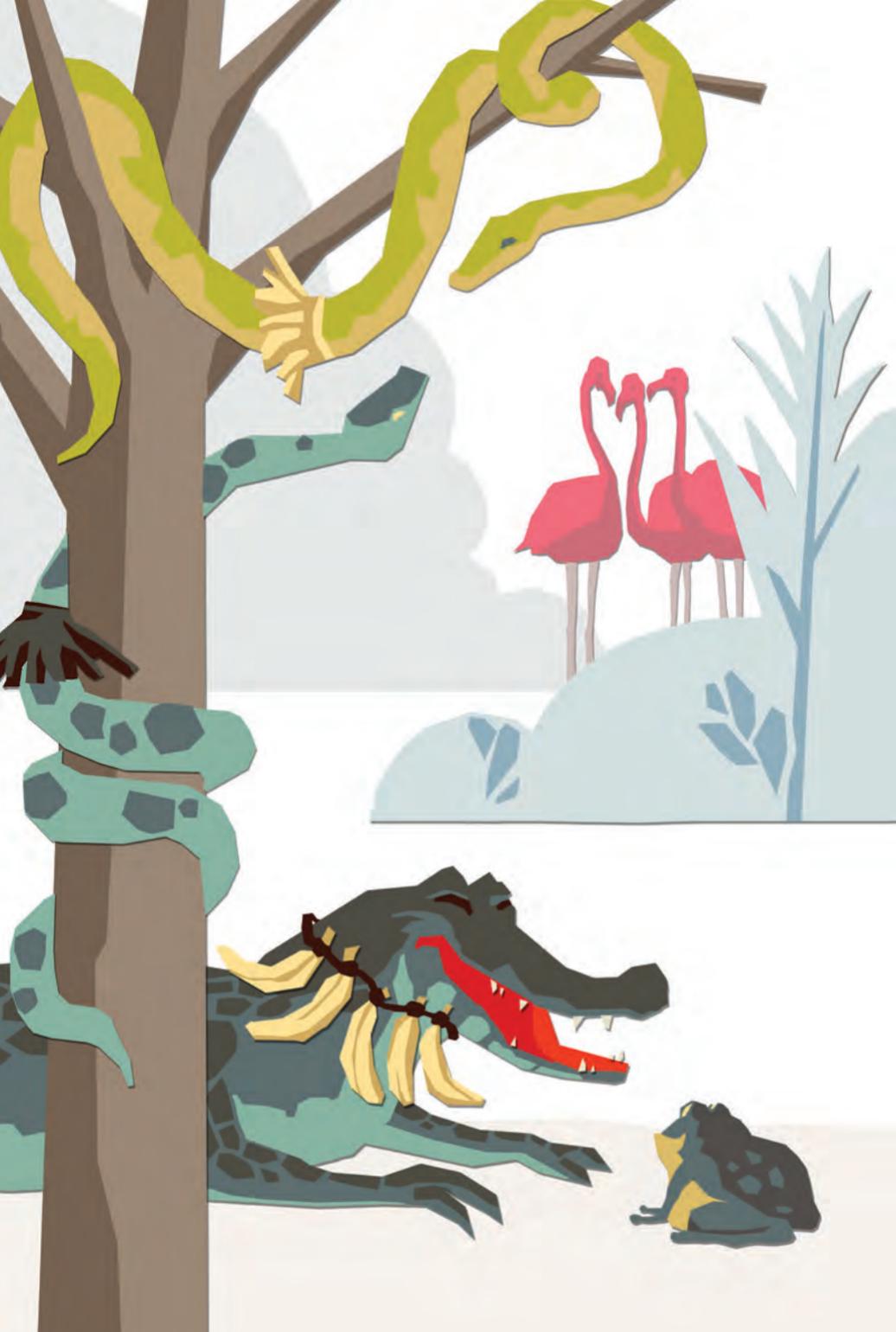
En este libro, como en otros de texto, hay algunas palabras que aparecen destacadas. Al final, en una sección que se titula *Glosario*, esas palabras están acomodadas en una lista, en orden alfabético, y van acompañadas de su significado, de lo que quieren decir según están usadas en este libro. Porque las palabras no significan siempre lo mismo: una cosa es decir *tengo dos manos* y otra, muy diferente, *le aplicamos a la mesa dos manos de pintura*, y así sucesivamente (¿se te ocurre otra?).

El Glosario es una parte importantísima de tu libro. Porque lo más importante de leer es *entender* lo que se lee. Cuando no comprendemos una frase, un párrafo, la página de algún libro, no estamos leyendo, estamos simulando, hacemos como que leemos. Así, nuestra mayor preocupación debe ser entender, comprender las palabras que tenemos enfrente y lo que dicen cuando se juntan.

¿Y si nos encontramos una palabra que no entendemos y resulta que no viene en el Glosario? Pues debemos ir a un diccionario. Para que los diccionarios nos sirvan, hace falta que aprendamos a usarlos. Por eso, al abrir uno deberíamos estar acompañados por nuestra madre, o nuestro padre, o por alguna o alguno de nuestros maestros, o alguien que sepa usarlo. Ayuda, para aprender a manejarlos, que nuestras visitas a ellos sean frecuentes; así como que nos acostumbremos a leer todos los días, por un buen rato, además de los libros de texto, otros sobre temas que nos interesan: los animales, los planetas, los mayas, los grandes músicos o inventores... cuentos, novelas y poemas.

Si lees todos los días, si te esfuerzas por entender todo lo que llegue a tus manos, tus conocimientos y tu comprensión seguirán creciendo. Y este libro te será especialmente útil para que avances en esa dirección.

Felipe Garrido  
Académico de número  
Academia Mexicana de la Lengua



## *Las medias de los flamencos*

Horacio Quiroga

Cierta vez las víboras dieron un gran baile. Invitaron a las ranas y a los sapos, a los flamencos, y a los **yacarés** y a los peces. Los peces, como no caminan, no pudieron bailar; pero siendo el baile a la orilla del río, los peces estaban asomados a la arena, y aplaudían con la cola.

Los yacarés, para adornarse bien, se habían puesto en el pescuezo un collar de plátanos, y fumaban cigarros paraguayos. Los sapos se habían pegado escamas de peces en todo el cuerpo, y caminaban meneándose, como si nadaran. Y cada vez que pasaban muy serios por la orilla del río, los peces les gritaban haciéndoles burla.

Las ranas se habían perfumado todo el cuerpo, y caminaban en dos pies. Además, cada una llevaba colgada, como un farolito, una luciérnaga que se balanceaba.

Pero las que estaban hermosísimas eran las víboras. Todas, sin excepción, estaban vestidas con traje de bailarina, del mismo color de cada víbora. Las víboras coloradas llevaban una **pollerita** de tul colorado; las verdes, una de tul verde; las amarillas, otra de tul amarillo; y las yararás, una pollerita de tul gris pintada con rayas de polvo de ladrillo y ceniza, porque así es el color de las yararás.

Y las más espléndidas de todas eran las víboras que estaban vestidas con larguísimas gasas rojas, y negras, y bailaban como serpentinas. Cuando las víboras danzaban y daban vueltas apoyadas en la punta de la cola, todos los invitados aplaudían como locos.

Sólo los flamencos, que entonces tenían las patas blancas, y tienen ahora como antes la nariz muy gruesa y torcida, sólo los flamencos

estaban tristes, porque como tienen muy poca inteligencia, no habían sabido cómo adornarse. Envidiaban el traje de todos, y sobre todo el de las víboras de coral. Cada vez que una víbora pasaba por delante de ellos, coqueteando y haciendo ondular las gasas de serpentinas, los flamencos se morían de envidia.

Un flamenco dijo entonces:

—Yo sé lo que vamos a hacer. Vamos a ponernos medias coloradas, blancas y negras, y las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

Y levantando todos juntos el vuelo, cruzaron el río y fueron a golpear en un **almacén** del pueblo.

—¡Tan-tan! —pegaron con las patas.

—¿Quién es? —respondió el almacenero.

—Somos los flamencos. ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

—No, no hay —contestó el almacenero—. ¿Están locos? En ninguna parte van a encontrar medias así. Los flamencos fueron entonces a otro almacén.



—¡Tan-tan! ¿Tienes medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero contestó:

—¿Cómo dice? ¿Coloradas, blancas y negras? No hay medias así en ninguna parte. Ustedes están locos. ¿Quiénes son?

—Somos los flamencos —respondieron ellos.

Y el hombre dijo:

—Entonces son con seguridad flamencos locos.

Fueron a otro almacén.

—¡Tan-tan! ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero gritó:

—¿De qué color? ¿Coloradas, blancas y negras? Solamente a pájaros narigudos como ustedes se les ocurre pedir medias así. ¡Váyanse en seguida!

Y el hombre los echó con la escoba.

Los flamencos recorrieron así todos los almacenes, y de todas partes los echaban por locos.



Entonces un **tatú**, que había ido a tomar agua al río se quiso burlar de los flamencos y les dijo, haciéndoles un gran saludo:

—¡Buenas noches, señores flamencos! Yo sé lo que ustedes buscan. No van a encontrar medias así en ningún almacén. Tal vez haya en Buenos Aires, pero tendrán que pedir las por encomienda postal. Mi cuñada, la lechuza, tiene medias así. Pídanse las, y ella les va a dar las medias coloradas, blancas y negras.

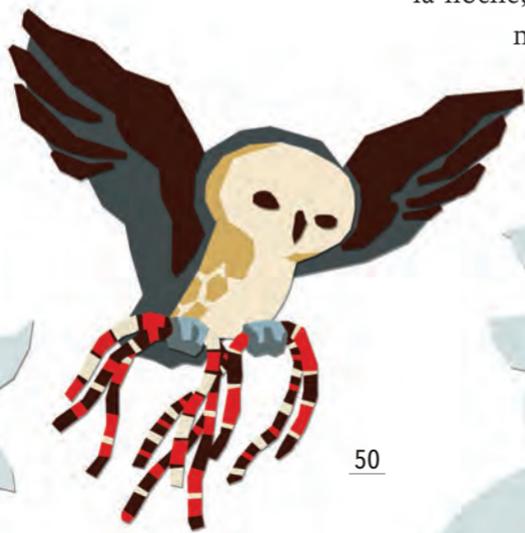
Los flamencos le dieron las gracias, y se fueron volando a la cueva de la lechuza. Y le dijeron:

—¡Buenas noches, lechuza! Venimos a pedirte las medias coloradas, blancas y negras. Hoy es el gran baile de las víboras, y si nos ponemos esas medias, las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

—¡Con mucho gusto! —respondió la lechuza—. Esperen un segundo, y vuelvo en seguida.

Y echando a volar, dejó solos a los flamencos; y al rato volvió con las medias. Pero no eran medias, sino cueros de víboras de coral, lindísimos cueros. Recién sacados a las víboras que la lechuza había cazado.

—Aquí están las medias —les dijo la lechuza—. No se preocupen de nada, sino de una cosa: bailen toda la noche, bailen sin parar un momento, bailen de



costado, de cabeza, como ustedes quieran; pero no paren un momento, porque en vez de bailar van entonces a llorar.

Pero los flamencos, como son tan tontos, no comprendían bien qué gran peligro había para ellos en eso, y locos de alegría se pusieron los cueros de las víboras como medias, metiendo las patas dentro de los cueros, que eran como tubos. Y muy contentos se fueron volando al baile.

Cuando vieron a los flamencos con sus hermosísimas medias, todos les tuvieron envidia. Las víboras querían bailar con ellos únicamente, y como los flamencos no dejaban un instante de mover las patas, las víboras no podían ver bien de qué estaban hechas aquellas preciosas medias.

Pero poco a poco, sin embargo, las víboras comenzaron a desconfiar. Cuando los flamencos pasaban bailando al lado de ellas, se agachaban hasta el suelo para ver bien.

Las víboras de coral, sobre todo, estaban muy inquietas. No apartaban la vista de las medias, y se agachaban también tratando de tocar con la lengua las patas de los flamencos, porque la lengua de la víbora es como la mano de las personas. Pero los flamencos bailaban y bailaban sin cesar, aunque estaban cansadísimos y ya no podían más.

Las víboras de coral, que conocieron esto, pidieron en seguida a las ranas sus farolitos, que eran **bichitos de luz**, y esperaron todas juntas a que los flamencos se cayeran de cansados.

Efectivamente, un minuto después, un flamenco, que ya no podía más, tropezó con un yacaré, se tambaleó y cayó de costado. En seguida las víboras de coral corrieron con sus farolitos y alumbraron bien las patas del flamenco. Y vieron qué eran aquellas medias, y lanzaron un silbido que se oyó desde la otra orilla del Paraná.

—¡No son medias! —gritaron las víboras—. ¡Sabemos lo que es! ¡Nos han engañado! ¡Los flamencos han matado a nuestras hermanas y



se han puesto sus cueros como medias! ¡Las medias que tienen son de víboras de coral!

Al oír esto, los flamencos, llenos de miedo porque estaban descubiertos, quisieron volar; pero estaban tan cansados que no pudieron levantar una sola pata. Entonces las víboras de coral se lanzaron sobre ellos, y enroscándose en sus patas les deshicieron a mordiscones las medias. Les arrancaron las medias a pedazos, enfurecidas y les mordían también las patas, para que murieran.



Los flamencos, locos de dolor, saltaban de un lado para otro sin que las víboras de coral se desenroscaran de sus patas. Hasta que al fin, viendo que ya no quedaba un solo pedazo de medias, las víboras los dejaron libres, cansadas y arreglándose las gasas de sus trajes de baile.

Además, las víboras de coral estaban seguras de que los flamencos iban a morir, porque la mitad, por lo menos, de las víboras de coral que los habían mordido eran venenosas.

Pero los flamencos no murieron. Corrieron a echarse al agua, sintiendo un grandísimo dolor y sus patas, que eran blancas, estaban entonces coloradas por el veneno de las víboras. Pasaron días y días, y siempre sentían terrible ardor en las patas, y las tenían siempre de color de sangre, porque estaban envenenadas.

Hace de esto muchísimo tiempo. Y ahora todavía están los flamencos casi todo el día con sus patas coloradas metidas en el agua, tratando de calmar el ardor que sienten en ellas.

A veces se apartan de la orilla, y dan unos pasos por tierra, para ver cómo se hallan. Pero los dolores del veneno vuelven en seguida, y corren a meterse en el agua. A veces el ardor que sienten es tan grande, que encogen una pata y quedan así horas enteras, porque no pueden estirla.

Esta es la historia de los flamencos, que antes tenían las patas blancas y ahora las tienen coloradas. Todos los peces saben por qué es, y se burlan de ellos. Pero los flamencos, mientras se curan en el agua, no pierden ocasión de vengarse, comiéndose a cuanto pececito se acerca demasiado a burlarse de ellos. 

# Glosario

- algarada.** Escándalo en el que participan muchas personas que discuten o protestan.
- algazara.** Ruido de voces generado por un grupo de personas alegres.
- almacén.** En América, tiendita de la esquina.
- amortajado, da.** Que tiene puesta la mortaja, vestidura o sábana con la que se entierra a un muerto.
- arrastradera.** Vela pequeña que se agrega al trinquete o mástil más cercano a la proa para aumentar la velocidad de un barco.
- atribulado, da.** Afligido, preocupado.
- atrofiarse.** Padece atrofia o disminución de su tamaño un órgano o tejido, lo que perjudica su funcionamiento.
- aura.** Viento suave.
- bajel.** Barco, especialmente el que es grande y de vela.
- balizar.** Colocar balizas o señales indicadoras en un terreno o en el mar para advertir del peligro o señalar una zona, en especial, la de un recorrido.
- bichito de luz.** En Paraguay, Argentina y Uruguay, luciérnaga.
- canilla.** En América, llave del agua.
- castillo de proa.** En los barcos antiguos, estructura de madera que se colocaba sobre la parte delantera, desde la cual se disparaban las armas o se defendía el barco en caso de abordaje.
- cedal.** Tela de seda o lino muy transparente.
- chotuno, na.** Propio de una cabra.
- cuajado, da.** Inmóvil y como paralizado por el asombro que produce algo. Que está o se ha quedado dormido.
- doblón.** Moneda antigua de oro.
- enigma.** Persona o cosa que es difícil de entender o interpretar.
- escotilla.** Abertura en la cubierta del barco que permite acceder a su interior.
- fauno.** En la mitología romana, semidiós de figura humana, orejas puntiagudas, cuernos y patas de cabra.
- flamear.** Ondear las velas.
- fragua.** Fogón donde se calientan metales para trabajarlos.
- gavia.** Vela que se coloca en el mastelero de un barco, especialmente en el del mástil mayor.
- guantelete.** Pieza de una armadura que cubre y protege la mano.
- homérico, ca.** Que tiene características semejantes a aquellas de las obras del poeta griego Homero, especialmente la grandiosidad.
- irremisiblemente.** Imperdonablemente.

- juancito.** Ardilla pequeña, de cola aplana-  
nada y pelaje áspero y escaso de color  
café rojizo claro con dos líneas blancas  
en los costados rodeadas de pelo más  
oscuro; vive en túneles en el desierto,  
en suelos rocosos y en matorrales.
- juanete.** Vela que se coloca en el mastelero  
de un barco, más arriba que las gavias.
- lánguido, da.** Que no tiene energía.
- librea.** Uniforme de gala.
- lúbrico, ca.** Que es propenso a la lujuria.
- Luis Gonzaga.** En el culto católico, santo  
que es patrono de los jóvenes.
- macilento, ta.** Pálido y flaco.
- maravedí.** Moneda española antigua.
- mastelero.** Cada uno de los palos meno-  
res que se colocan sobre un mástil y  
que sostienen las gavias y los juanetes.
- metamorfosis.** Cambio, transformación.
- modus vivendi.** En latín, manera de ga-  
narse la vida.
- orzar.** Dirigir la parte delantera del barco  
o proa en dirección del viento.
- páramo.** Terreno plano y árido que casi  
no tiene vegetación.
- pecio.** Despojos de una nave que ha nau-  
fragado.
- perquisición.** Investigación.
- pinturero, ra.** Que presume de elegante.
- pitanza.** Ración de comida que se distri-  
buye a quienes viven en comunidad o  
a los pobres.
- polisón.** Armazón que se amarraban las  
mujeres a la cintura para abultar la  
parte trasera de los vestidos antiguos.
- pollera.** En Sudamérica, falda.
- reminiscencia.** Recuerdo vago. En litera-  
tura y música, aquello que evoca algo  
anterior o denota su influencia.
- remontados.** Que tienen suelas nuevas;  
que les cambiaron las suelas.
- sahuaro.** Cacto en forma de columna  
con brazos; sus flores son blancas y  
su fruto es rojo y comestible.
- silvano.** En la mitología romana, semi-  
dios con figura de anciano que prote-  
gía los campos y los bosques.
- siniestro, tra.** Que causa temor o espanto.
- sisear.** Emitir un sonido parecido al de  
la *s* o la *ch*, generalmente para mostrar  
desacuerdo o para pedir silencio.
- sotavento.** En un barco, lado opuesto a  
aquel por donde viene el viento.
- susitar.** Provocar o promover algo.
- tatú.** Armadillo.
- teocali.** En la cultura nahua, templo de  
forma piramidal dedicado a un dios.
- tibor.** Vaso grande de barro, de China  
o el Japón.
- toesa.** Antigua medida francesa de longi-  
tud que equivale a 1 946 metros.
- yacaré.** Caimán de color verde oscuro,  
con el hocico redondeado, que vive en  
ríos y pantanos de Sudamérica.
- zumaya.** Ave rapaz nocturna, pequeña,  
parecida al búho, de color pardo gri-  
sáceo con manchas blancas, con dos  
mechones de plumas a ambos lados de  
la cabeza, y pico corto y curvado. Su can-  
to es monótono y muy característico.

# *Créditos iconográficos*

- Mariana Alcántara, pp. 31, 62, 82-83, 116
- Diego Álvarez, pp. 40, 42-43, 46, 48-53, 64, 66-70, 97, 117, 120-121
- Israel Barrón, pp. 54-55, 80, 118-119, 144, 146-147
- Patricio Betteo, pp. 22-23
- Ángel Campos, pp. 45, 60-61, 136
- Julián Cicero, pp. 12-14, 73, 78-79, 124, 126-127
- Juan José Colsa, pp. 10, 28, 30, 76-77, 84, 86-90, 132-133
- Julia Díaz Garrido, pp. 81, 98-99, 152-153
- Paloma Díaz, pp. 122-123
- Isidro Esquivel, pp. 134, 150-151
- Ixchel Estrada, p. 38
- Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 26-27, 74-75, 138, 140-142
- Alex Herrerías, pp. 56-59
- Claudia Legnazzi, pp. 32-37
- Diego Molina, pp. 24-25
- Claudia Navarro, p. 15
- Gabriela Podestá, pp. 39, 71, 108-111, 113, 115
- Tania Recio, pp. 8-9, 44, 72, 92, 105, 106-107, 129-131, 135, 143
- Luis San Vicente, pp. 16-21, 100-104
- Mauricio Torres Rivera, pp. 94, 96
- Cecilia Varela pp. 148-149